

*En esta parte del mundo*

# **En esta parte del mundo**

**Carlos Ramos**

*Carlos Ramos*

**En esta parte del mundo**

Primera edición 2020

Carlos Alberto Ramos Zúñiga

Derechos Reservados

Edición de contenido: Julio César Villagómez Galicia

Portada: Sosteniendo el mundo, Bernardo Santiago Ángeles

Diseño de portada: Arlekin Arte y Diseño

Carlos Alberto Ramos Zúñiga

huemac\_@hotmail.com

Facebook: Carlos Ramos/Cuentos Proletarios

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del autor.

ISBN: 978-607-29-1904-4

**Impreso en México**

*En esta parte del mundo*

*Para morir  
sólo hace falta estar vivo*

*Carlos Ramos*

## Índice

Agradecimientos, 7

Carta del autor, 9

Estar menos, 13

Los amores que se van, 23

Antonia Galeano, 33

En el camino real, 45

La señora de rabia, 55

Te presto mis ojos, 63

Ya les dije que yo no lo hice, 69

Ya son muchos años, 75

Una forma de morir, 81

En esta parte del mundo, 89

*Carlos Ramos*

## Agradecimientos

A Teresa y Ezequiel, por creer en mí y apoyarme en este largo camino de las letras. Muchas gracias, este último año ha sido difícil pero ya vendrán tiempos mejores.

A Roberto por darme su apoyo y por creer en mí como nadie.

A Regina que está en mi mente.

A mi amiga Zuleyma Guzmán por todo el apoyo, por aguantar mis crisis existenciales y porque siempre tiene una palabra de aliento.

A mi amigo Bernardo Santiago Ángeles por prestarme una de sus pinturas para la portada, gracias por tantas pláticas.

A mi amigo Miguel Ángel Martínez Hernández, desde que lo conozco me ha dado su apoyo, gracias también por creer en mi trabajo y colaborar económicamente para que este libro vea la luz.

A amiga Areli Ricaño Tapia por leer estos cuentos y hacer muchas observaciones y porque siempre podemos hablar de literatura y por la ayuda en todo momento.

A Ignacio y Dario López por contarme tantas historias que al final convertí en cuentos.

*Carlos Ramos*

A Maritza Granados García porque siempre tiene una sonrisa y las ganas de quedarse en esta parte del mundo.

A Julio Villagómez por ayudarme con la edición del contenido, gracias por enseñarme tanto.

A todas las personas que a lo largo de estos años me han contado historias, a las que me han apoyado con espacios y presentaciones, y a los medios de comunicación que han ayudado en la difusión de mi trabajo.

Finalmente, gracias a los lectores, a los que me conocen desde el primer libro, pero también a los nuevos, gracias.

## Carta del autor

Estimado lector

Espero que cuando tengas este libro en tus manos te encuentres bien.

Los seres humanos siempre hemos narrado, desde las cavernas hasta el día de hoy. Conforme ha ido avanzando la historia, se hizo más compleja esta tradición oral, las antiguas civilizaciones tuvieron relatos muy bien estructurados, casi siempre de carácter divino y luego de sus héroes.

La narración oral ha ido cambiando hasta llegar a lo que conocemos propiamente como cuento, es decir, una narración breve, que habla de un fragmento de tiempo y que en la mayoría de los casos tiene un inicio enganchador y un final inesperado. De ahí que el cuento sea algo muy antiguo, desde entonces, hubo algunos que narraban de forma graciosa, mística, tenebrosa y un largo etcétera. Ya me imagino a los primeros humanos adentro de una cueva y alrededor del fuego, tratando de mamuts, caídas, la naturaleza y lo sobre natural o a los narradores de las

antiguas civilizaciones tratando de explicar el porqué del mundo, lo divino y la muerte.

Hay temas que se repiten, por ejemplo, la muerte, aquel ser que durante la marcha diaria cae y no se levanta, la desazón de los demás, las dudas que desde entonces aquejan ¿a dónde fue? ¿Estará dormido? y una vez que se comprende que “ya no está” ¿qué hacer con él? ¿Ese cuerpo sigue siendo la persona? Desde entonces, hasta el día de hoy, se han ensayado muchas respuestas que se encuentran en función de nuestra formación y educación, pero, finalmente y a ciencia cierta no se sabe qué es lo que ocurre con este tópico tan antiguo.

El tema de la muerte es muy amplio, inquietante y al mismo tiempo fascinante. En la mayoría de los casos viene acompañado de crisis existenciales, porque en algún momento a todos se nos puede morir un ser querido y entonces ¿cómo llevar la vida? ¿Cómo encontrar sentido a lo que nos resta de existencia? y lo peor, pensar en nuestra propia muerte, el cómo y el cuándo va a ocurrir, tener de la certeza de que pasará, pero con la incertidumbre de en qué momento. Por eso algunos prefieren no tratar de este tema, aun cuando nuestra cultura se jacta de burlarse de la muerte.

Ahora bien, la muerte es el fin, pero ¿qué hay con el camino? es decir, con la vida. ¿Cómo debemos vivirla? ¿Qué

debemos hacer? Este camino es la preparación para lo inevitable que, en buena medida es encontrar el sentido a esto que parece un caos. Aun cuando sabemos que moriremos, podemos tener destellos de felicidad, saber que somos mortales nos puede ayudar a apreciar cada instante. La propuesta es ver la muerte como un proceso natural y no como algo negativo o moralmente malo.

*En Esta Parte del Mundo* consta de diez cuentos sobre dos temas que son mis manías: el amor y la muerte. Del primero he hablado en *Cuentos Proletarios*, del segundo en *No los Llames*. La diferencia con estos textos es que a la muerte se le ve desde distintos ángulos, pero al final como lo que es, un proceso en cualquier ser vivo.

La razón de escribir de estos temas es que se trata de una constante en la existencia y en algún momento a todos nos pasará el amor y nos ocurrirá la muerte. Sin caer en pesimismo, y de vez en cuando, está bien pensar en la muerte, en la nuestra y la de los otros, en la angustia de saber qué habrá después, si es que hay algo, pero también en la desesperación de quedar aquí con los difuntos, de vivir el duelo.

Las crisis existenciales nos ocurren sino a todos, sí a la mayoría y es desesperante tratar de dar respuesta a las preguntas

*Carlos Ramos*

que se han planteado desde el comienzo de la humanidad, porque en la mayoría de los casos no existe una única respuesta.

El amor y sus distintas manifestaciones se aprecian entre líneas, desde lo que han llamado el amor propio, pasando por la amistad, el amor filial y las relaciones de pareja.

Estos cuentos están cargados de nostalgia y de extrañeza con el mundo, esperando por cambiarle público lector, aunque sea un poco, la manera de ver la vida y la muerte

Estas historias son pensadas, “En esta parte del mundo”, que puede ser cualquier punto, pero que ahora es éste, en donde estamos situados y en donde también ocurren cosas que tenemos el gusto de contar. Sin más por el momento, te invito a disfrutar de este mi tercer libro.

San Marcos, Hidalgo

15-agosto-2019

## Estar menos

Me voy al carajo de aquí, no quiero más tierra firme, tomaré mi barca y, con velas extendidas, me escaparé.

Sé que alguien puede huir, irse y olvidarse de todo. Sé que alguien puede cumplir su última voluntad, alejarse para vivir el resto de su vida en alta mar. La soledad también es una forma de alegría, el regalo del silencio, de la contemplación; estar solo ante el inmenso océano, que la brisa me cale hasta los huesos y por la noche las estrellas me hablen de lo que está más allá para que pueda olvidar.

A mis años me queda poco por hacer, he vivido mucho, pero he aprendido poco, me considero un ignorante; por eso tomaré lo necesario para poder sobrevivir el tiempo que me falta, el mar será mi pradera, los peces mis frutos, las estrellas mis luciérnagas y esta barca mi casa. Es tiempo de soltar amarras, allá podré quedarme y no volver más.

—Viejo chiflado, eres un tonto si crees que alguien puede vivir en alta mar. Además, ¿quién quisiera vivir alejado de la tierra? ¿Qué cosa tan horrible pudo pasarte?

Varios metros de sedal, muchos anzuelos con un sin número de carnada, la estufa de sol, cuatro cuchillos y especias para dar sabor. Agua para beber y recipientes para acumular la de lluvia, cinco mudas, una brújula y un astrolabio, mis mapas de navegación y mi bitácora. Mi barca es pequeña, pero resistente, las velas serán llevadas por el viento a donde no se vea más que el azul profundo, la proa se abrirá paso por los mares, la popa será mi descanso, no necesitaré banderas, porque mi patria verdadera será el océano. Para un hombre que quiere abandonarlo todo con poco basta.

—Un viejo loco que se quedó atrapado en el tiempo y que navega con una vela de hace muchos siglos.

Llegó la hora de partir, todo está listo. Me despido de la tierra, de los lugares en donde estuve, de todo lo que antes fue mi vida. El azul está sereno, los días aciagos se han ido; hoy es miércoles, las iglesias, sus campanas y su repicar han quedado

lejos. Ya está pulido el mascarón de la proa de Melisa, el viento me trae mensajes, sé que aguarda mi llegada.

Solté amarras, mis últimos pasos en la arena se borrarán con el tiempo, las aguas azules me reciben; a mi andar las pequeñas mantarrayas se escapan. Por fin, el camino hacia el olvido. Los remos se hunden lentamente, me alejo de lo que una vez me fue querido, el viento ya sopla mis velas. La tierra firme queda atrás, la paz me invade mientras el Sol se va ocultando.

Hace varias horas que no miro aves, ya las estrellas se muestran a plenitud, pocas veces había contemplado el universo, ahora comprendo a los sabios de la antigüedad. Sólo se escucha el agua golpeando mi barca, el viento sigue trayendo mensajes de lugares muy lejanos, por fin la nada, el olvido. No fue una mala idea, pocos seres vivos tienen el privilegio de elegir su vida y su muerte, sobre todo la muerte; me he adelantado y aquí la espero con una sonrisa. Es tiempo de reflexionar, de ver la oscuridad, de sentir mis propios latidos, mi bitácora no será de viaje, será de muerte, de tiempo y espacio.

—Viejo loco, no sabes que muchos han enloquecido con el silencio, que el silencio mata, que la soledad asfixia.

A la noche le grito con todas mis ganas, le grito hasta quedar exhausto; desahogar el miedo, no ser escuchado y, sin embargo, estar en paz. El espectáculo del cielo es asombroso, lo que poco se ve: los pasos de los astros. En la noche, el mar y el cielo son uno, son lo mismo, no se puede discernir sobre el aquí y el allá, cielo y mar hacen el amor en la oscuridad, por la mañana nace el hijo de ambos, resplandece, trae vida.

Los colores, el movimiento que está en el mundo submarino ¿hasta dónde llegará el mar? ¿Qué podremos conocer, hasta dónde podré viajar? mi barca avanza con suavidad, la calma del todo, soy esto, soy aquello, aquí es donde debo estar, en donde debo terminar. Y sé que, en un mar en calma, y con el viento a favor, es difícil conocer a un buen navegante. Pero hoy no, hoy aquí he de quedarme.

—Viejo loco, te aferras a lo último y al cómo terminó, tu mente agrega más. No mires eso, contempla todo el camino, agradece a la vida por lo que te ha dado, por lo que viste. Lo importante no sólo es el final, también lo es el camino.

El tiempo, el camino, el olvido, el “no va más”. La mente nos hace trampas y sólo recuerda lo bueno, por eso hay que irse, no coquetear con el pasado, porque no es de fiar. Mejor ir hacia

enfrente, quemar las naves y no volver más, la vida está adelante.

Sabía que iba a pasar, estoy preparado, las primeras gotas golpean las velas. Al bajarlas, el viento se ha hecho más fuerte, el mar más bravo y, sin embargo, el espectáculo del cielo abierto a la luz de los relámpagos, la música de la lluvia que nadie escucha, el cielo tan oscuro que descubre su rostro, sólo un instante. El agua ya está acabando con mi vela, la tormenta seguirá hasta que el cielo se extienda y el mar otra vez quedará en calma. No sé si seguiré aquí, pero esto es lo que quiero, no es un naufragio, esto es una decisión. El agua me inunda, las pocas cosas han desaparecido; le grito al cielo, lo maldigo por esto, por lo otro y por todo, pero por más que lo hago ningún rayo me alivia, nada me saca de aquí, las olas se hacen cada vez más grandes, la noche, la lluvia, el viento, todo es uno y yo soy tan diminuto.

—Viejo, los sueños pocas veces se cumplen, a tus años ya deberías saberlo. Es absurdo lo que buscas.

Estoy golpeado por todos lados y de la vela sólo quedan pedazos; no sé por qué sigo aquí. No es justo, únicamente cuatro

meses. A la tierra llegué como hace muchos años, llorando y sin nada, con la tristeza auestas, con todas las estrellas destrozadas. Cuatro meses de dicha nada más, de olvido. Y justo cuando comenzaba a vivir, cuando me estaba uniendo al todo, olvidando al fin... ¿qué destino es éste que me trae a tierra? ¿Por qué sigo con vida? aquí el Sol lo ilumina todo, el mar y la playa están en calma, pero yo no. Deseaba terminar con esto, no llegar a este punto.

—Te lo dije, viejo aferrado, hasta el destino se burla de ti, era algo absurdo. Mírate, ahora ya no tienes ni fuerza, la tristeza se te pegó a la pupila.

Una sola cosa quería de este mundo, sólo una. El viento ya no me trae mensajes, el mar ha perdido el sabor, el olvido es recuerdo y respiro estas ganas de hundirme. Podría dejar que esto pase y marchitarme en tierra firme, podría dejar que ellos ganen, que mis manos y mis arrugas se pueblen de polvo.

Si esto va a pasar, que así sea, soy yo el que debe guiar este camino. No le tengo miedo a la muerte, porque para morir sólo hace falta estar vivo. Algunas veces lo que me angustia es saber si un día me dormiré y ya no voy a despertar o estando despierto nunca más volveré a dormir. Regresaré al mar. Es la

pasión lo que mueve, buscaré un lugar, un camino, un viaje. Eliminaré los antiguos errores, las caídas también enseñan, no quiero más tierra firme.

—Es una locura, lo sabes de sobra, anciano. No hay razón para irse a morir a otro lado. No te sientas triste por lo que perdiste (o te arrebataron), si tuviste alegría agradece a la fortuna lo que te ha dado.

El agua en la tierra golpea mi rostro cuando cae del cielo, podría decir que fui feliz aquí, pero una gota de felicidad no compensa tanto sufrimiento. Si algo aprendí es que cada que hay un poco de alegría siempre hay heridos. Decido partir, dar la espalda al destino y mandar todo al carajo. Reforzaré mi vela, llevaré más equipo, no hay mejor profesor que el fracaso, aunque a veces no lo entendamos, duele, pero es peor seguir escuchando la burla del destino. Con mi barca y sus velas extendidas me voy, esta vez, para siempre.

—Viejo insensato y necio, la vida da muchas oportunidades y tú sólo piensas en morir. Mira, ahora sólo quedan de ti estas hojas desordenadas.

Día 122. Ha pasado tanto tiempo que me he acostumbrado a olvidar. Es asombroso ver la totalidad, cielo y mar como uno. La paz, la tranquilidad, esto es la vida.

Día 6. Dejé todo para contemplar la paz, para encontrar lo que hay en mí. ¿Los recuerdos se eliminan o sólo cambian de lugar en la memoria? mientras lo descubro, el viento me lleva, esta vez para ya no regresar, me encamino al olvido.

Día 52. Tu recuerdo me atacó por la noche. Las estrellas no me pudieron defender, la distancia, mi intento de irme, me sirvieron de poco. Ahí estabas tú cambiando de estación. Que cruel el pasado que juega con la mente, que cruel el presente que duele en el pecho, que cruel el futuro que se ve incierto. Sombra que pasaste por aquella pared, yo fui el único que te vi.

Día 385. Después del vacío, de no tener nada, una luz me llevó a ti y creí, te di todo. Pero siempre estuve hablando solo, me engañé; dijiste sí, pero hiciste lo contrario, la culpa fue mía, nunca estuviste. Ni siquiera maldecir tiene sentido, porque no estás, nunca has existido.

Día 80. El delfín viene cada tarde, me ha seguido por millas. A veces logro entenderlo, “no te preocupes” me dice. Pero lo cierto es que también hay veces que él mismo no sabe a dónde ir.

Día 11. Ojalá tuviera un lenguaje para decirte todo lo que siento, para hablarte, tendré que inventarlo. Quisiera darte algo fantástico, algo único, como la Luna de hace tres días o los paisajes o mi tiempo o mi vida. Los recuerdos se están haciendo invisibles, tu presencia ajena, tu risa sorda, te fuiste y mira lo que dejaste. Ahora es de noche, dejó de llover, no hay luciérnagas, miro hacia tu puesto y cierro los ojos.

Día 75. Yo quise que fuera así, ligué mi felicidad a tu presencia, así quise que fuera. Sabía que era una historia imposible y aun así lo intenté.

Día 548. Te dejo al fin, es el momento de regresar, me voy sin ti...

—No le puedo encontrar la vena a este anciano. Ayer en la noche se quejó mucho.

—Ya no hace falta... dejó de respirar.

Tláhuac, Ciudad de México.

22-junio-2017

*Carlos Ramos*

## Los amores que se van

Ese baúl, diez cuchillos y una capa, fue lo único que le dejó su papá antes de huir con una trapecionista.

En ese momento tenía una semana de haber cumplido diez años de edad, su cumpleaños coincidía con la muerte de su mamá, hacía tres años; una mujer muy guapa, que además tenía una risa preciosa. Así que se encontraba sólo con su padre, un tipo duro, que pocas veces expresaba sus sentimientos. A pesar de todo, el muchacho nunca lo culpó, pues desde lo de su madre, él comenzó a beber y a pegarle por cualquier cosa, el niño aguantaba y lloraba en silencio.

Estuvieron así durante tres años y una semana, viviendo de un lado a otro, dependiendo de la ciudad o el pueblo al que iba el circo en el que el señor trabajaba.

Él era el encargado de uno de los actos estelares. Con precisión inaudita, lanzaba cuchillos a manzanas, cartas de baraja y monedas, pero, al final del acto, esos diez cuchillos hacían la silueta de una mujer que reía de forma única y no parpadeaba mientras estaba recargada en una tabla color rojo

con negro. Ella era la mamá del pequeño, pero no murió a causa de los cuchillos del padre, sino de algo más trágico, se ahogó mientras comía, un hueso de pescado terminó con ella, ocurrió cuando el circo por fin hacía una gira por las costas del pacífico.

Después de esto, El Gran Jared trató de improvisar su acto, pero ninguna de las mujeres del circo quería arriesgar su vida, estar en esa tabla no era seguro, no porque el lanzador fuera malo, la razón era que bebía, y así practicaba. Se la pasaba horas lanzando los cuchillos, llorando, bebiendo y maldiciendo. Se le acabó todo el esplendor, hasta parecía que los años se le vinieron encima; su musculatura desapareció y dejó paso a un cuerpo desnutrido.

Lo toleraron durante algún tiempo, porque era muy bueno y famoso, además, se había conseguido a una changuita a la cual ataba a la tabla y le lanzaba los cuchillos. No supieron si se robó o compró ese animalito, una noche llegó con ella y comenzó a practicar ante la mirada atónita de los payasos. El alcohol que bebía y una racha de viento hicieron que, en la función de cierre de temporada, la changuita saliera herida. Dejó por la paz los cuchillos, decidió que eso no era para él.

El circo se fue a otro lugar, se instalaron y comenzaron las funciones, este ritual lo tenían muy bien aprendido, ocurría en una semana exactamente. La misma que tomó al lanzador de

cuchillos enamorar a la trapecista, una jovencita a la que no le fue difícil convencer. Al hijo únicamente le dijo: algún día lo vas a entender. Cada uno cargaba una maleta y se marcharon sin voltear atrás.

El dueño del circo, pasadas algunas horas, se dio cuenta que El Gran Jared había dejado a su hijo. Lo miró con tristeza “ni tu papá te quiere y yo no tengo el corazón para abandonarte aquí”. Así que lo contrató. Ahí estaba el pequeño de diez años y una semana de edad, convirtiéndose en el empleado más joven de aquel lugar de tercera.

El circo era de esos viejos, en los que todavía había animales en las funciones. Por su edad y su condición, al muchacho le asignaron el cuidado de los cinco perros que hacían malabares. Tenía que darles de comer y llevar los objetos con los que trabajaban.

Así fue pasando el tiempo y cada vez le daban tareas más pesadas, como dar de comer a los caballos o limpiar el estiércol de los elefantes. El muchacho se hizo adulto, a los quince años ya era un hombre curtido que tenía el físico de su papá en sus buenos tiempos, estaba en plenitud. No se deshizo de la herencia, porque guardaba la esperanza de que algún día se encontrarían y ajustarían cuentas, pasara lo que pasara.

Por nostalgia, se puso a lanzar los cuchillos, y no lo hacía tan mal. Así fue que un buen día le dijo al dueño del circo que estaba listo para dejar las tareas y convertirse en El Espectacular Jared II. Pero el jefe se rio de tal manera que mostraba todos sus dientes, lo hizo hasta que le salieron lágrimas, de pronto se calló cuando un cuchillo le quitó el puro que sostenía en la mano y fue a dar contra la pared. Decidió darle una oportunidad.

El acto consistía en clavar tres cuchillos en la carta tres de bastos de la baraja, uno por cada figura, después darle a una canica, al final le vendaban los ojos y partía una manzana en dos. Ahora se dedicaba únicamente a practicar, compuso su capa y a sus dieciséis años se convertía en El Espectacular Jared II. Recorrieron muchas ciudades, se anunciaba en radio, y ganó mucho prestigio. El circo pasó de ser una pequeña carpa a convertirse en uno de los más grandes y de renombre.

El muchacho consideraba a sus compañeros como una familia, porque de verdad no tenía una, pero como se sabe, las relaciones humanas siempre se complican.

Ella se hacía llamar Hechicera, una gimnasta ejemplar que además era bellísima, su cabello largo y rizado le llegaba a los hombros, sus ojos negros tenían un enigma y esos huecos en las mejillas, al sonreír perdían a cualquiera. También nació y creció en el circo, era hija de los trapeceistas Los Asombrosos Leónidas

y Cleopatra. Los muchachos platicaban mucho y eso llevó a los besos, todo resultó en amor, que como se sabe a esa edad es brutal. Los padres trapecistas estuvieron de acuerdo en esa relación, el dueño del circo, que era como un padre para el muchacho, le dijo que eso era lo mejor que le pudiera pasar.

Eran una pareja enamorada y un buen día ella participó en el acto. Siendo temeraria, a él no le quedó más que lanzarle cuchillos para dibujar su silueta. A ella la ovacionaban después de cada acto, era valiente y lograba que el público se pusiera al filo de sus butacas, porque retaba al lanzador con graciosos ademanes, una mujer única; al joven lo tenía al filo de sus emociones, del amor. No tuvieron hijos, aunque lo intentaban, estaban perdidamente enamorados.

Pasaron así tres años de idilio. Pero todo se gasta, la rutina carcome y agobia. Ella no era feliz y el acto de los cuchillos ya no era suficiente, necesitaba más adrenalina. Quería que a él le vendaran los ojos, que los cuchillos estuvieran más afilados, que lanzara de espalda, buscaba emociones.

Se alejó, aunque él trataba de complacerla en todo. Una mañana llegó Hércules, un gigante que levantaba un riel, una camioneta y que no le tenía miedo a nada. La amada se largó con él, le dejó el corazón roto. Al igual que el padre, comenzó a

beber, se acabó El Asombroso Jared II. El padre adoptivo entendió la situación y lo regresó al trabajo de limpiador de estiércol. Lo peor fue que andaba dando pena en los rincones del circo, varias veces lo encontraron llorando.

Pasó el tiempo y el muchacho ya estaba mejor, parece ser cierto eso de que el tiempo lo cura todo. Llegó al circo una mujer guapísima llamada Luisa, sus ojos eran color miel, los labios eran amables, sus manos pequeñas y un cuerpo de ensueño, además de que parecía que era de hule, inmediatamente quedó contratada. El ex lanzador de cuchillos comenzó a salir de las sombras, platicaba y buscaba estar cerca de la nueva, le ayudaba con su número y, como se sabe en estos casos, era el más amable de los seres.

A ella no le era indiferente, lo animó a que volviera a dar vida a Jared II. Su voz y esos ojos eran tan dulces que él sacó su capa y sus cuchillos. Ante ella hizo una demostración, seguía siendo bueno, logró controlar su pulso de tal manera que nunca fallaba.

Luisa, siendo un ángel como lo era, vino a la tierra para salvar a este miserable. Gracias a ella le dieron un espacio en el programa para la última función de esa temporada. Sería un doble espectáculo, porque ella se colocaría en la tabla en una

postura de mujer elástica, algo nunca antes visto. Dentro de tres noches sería su noche.

Habían pasado cuatro años desde que la Hechicera lo dejó por irse con Hércules y siete desde que la conoció; doce años desde el abandono de su padre y quince desde la muerte de su madre. Tanto tiempo y tantas cosas... de vez en cuando se acordaba de la Hechicera, ¿qué habría sido de ella? ¿Encontraría la felicidad? a fin de cuentas, seguía pensando que ella fue el amor de su vida, así de simple y sin pedir nada a cambio.

A su edad Jared II estaba en plenitud, se sentía con vigor, veía las cosas con claridad y sentía que el mundo era de él. Sería famoso, cambiaría su vida, tendría una familia con Luisa y juntos le darían la vuelta al mundo con su increíble acto.

Eran pareja, compañeros, amigos, algo hermoso. Practicaban mucho, al punto de que en cada acto eran uno. Se entendían con las miradas y sabían leer todos sus gestos. El día del estreno estaba todo listo, después de tres números seguía el de ellos.

Las canicas, monedas, tornillos y manzanas no fueron problema para El Asombroso Jared II. Le vendaron los ojos y la silueta de mujer dibujada en la tabla no representó dificultad. Después de esto, vendría lo bueno, Luisa apareció con un traje

color crema de lentejuelas que la hacía ver deslumbrante. Toda su anatomía quedaba perfectamente ajustada, su risa, sus ojos, todo estaba en orden.

Ella comenzó a contorsionarse y, mientras permanecía boca abajo, puso su pie izquierdo cerca de su oreja, después tocó su frente con ambos pies. Una vez mostrada su elasticidad se colocó en la tabla haciendo una pose casi imposible, que por lo que se veía además era muy incómoda, siendo muy observador, se podía apreciar cómo le temblaba el músculo por tanto esfuerzo. El público guardó silencio total mientras el dueño del circo anunciaba a Luisa, La Mujer de Hule y al Asombroso Jared II que dibujaría la silueta de ella con los cuchillos.

El primer cuchillo se clavó cerca de la pantorrilla izquierda, el segundo casi rozando la derecha; los dos siguientes en ambos lados de la hermosa cadera, dos más en los costados, cerca de los pechos, uno más entre las torneadas piernas; los tres restantes tendrían que clavarse arriba de sus hombros y el último sobre su cabeza.

El silencio se interrumpió con el redoble de un tambor que anunciaba la parte más peligrosa del acto. Apagaron las luces y únicamente dos reflectores estaban prendidos, uno apuntaba al lanzador que lucía su capa y el otro iluminaba la parte superior del cuerpo de la bellísima Luisa.

Se detuvo el sonido del tambor, Jared II tiró un cuchillo que quedó clavado muy cerca de la oreja derecha. En ese punto se acordó de la Hechicera, porque cuando ellos hacían ese acto, llegados a ese punto, ella le hacía gestos para tratar de distraerlo y poner más emoción, una verdadera suicida, sería por eso que no la había olvidado.

El siguiente cuchillo se clavó muy cerca de la otra oreja y ahora sí, el gran final. Éste último debía quedar sobre la cabeza, pero clavarse en forma horizontal. El Asombroso Jared II estaba muy concentrado, se le veía tranquilo. Tenía la hoja del cuchillo entre el pulgar y el índice de su mano izquierda. Levantó el brazo para colocarlo atrás de su cabeza, era el momento cumbre.

El último cuchillo estaba listo para ser lanzado con violencia hacia donde se encontraba Luisa, pero un segundo antes de soltar el arma, se escuchó un carraspeo entre el público; esto sacó de concentración al artista quien lanzó la navaja mientras, de manera natural, volteaba hacia las butacas. A pesar de la oscuridad, reconoció a la Hechicera que ahora bostezaba descaradamente.

El décimo cuchillo, la única herencia de El asombroso Jared II salió mal dirigido. Los presentes hicieron una

*Carlos Ramos*

exclamación al unísono y se llevaron las manos a los ojos o a la cabeza, después, todo fue confusión y caos.

San Marcos, Hidalgo.

06-septiembre-2018

## Antonia Galeano

—Los cirios acomódalos en las cuatro esquinas, se debe ver bonito, haz las cosas bien, niña.

—¿Quién era?

—Tu tía abuela, Antonia Galeano, pobrecita se quedó sola.

En la casa que había sido de doña Toñita solamente estaban diez personas. Gente muy cercana a la difunta que lloraban sinceramente su partida, pero que, al mismo tiempo, murmuraban, “ya estaba sufriendo mucho, al final nadie veía por ella, ya ves que no tuvo hijos. Pobre mujer nunca conoció el amor y ¡tan bonita que era!”

En ese momento entraba alguien para dejar los arreglos florales y una gran corona que decía “Para Antonia”, así de seco, la mandaban unos parientes lejanos que no iban a llegar.

—Niña, ve al cuarto y, en el tercer cajón de la cómoda, busca una pañoleta azul, tráela porque pidió que fuera enterrada con ella.

—¿De qué murió?

—De tristeza.

Rosalía se dirigió al cuarto, curiosa, abrió todos los cajones, en el tercero estaba el pañuelo; siguió buscando cualquier cosa. En el último cajón, al fondo, encontró un paquete de cartas, todavía olían a perfume, estaban atadas con un moño rojo y a un lado había un mechón de cabello negro. La niña las tomó y las echó en una de las bolsas de su suéter. Entregó el trapo azul a su mamá, ella lo dobló y, cuidadosamente, lo puso en las manos de la difunta, cerró el cristal del féretro y continuó arreglando el lugar.

—Niña, ve a la tienda de don Marcos, trae una bolsa de café, azúcar y galletas; dile que me lo apunte.

Al salir, alguien que iba llegando le preguntó por su mamá, ella dijo que pasaran mientras señalaba con la mirada. Durante el camino, Rosalía pensaba en la vida de la tía abuela, cómo puede ser que alguien muera de tristeza. Trajo las cosas y puso algunas tazas en una pequeña mesa. En ese momento ya no había más trabajo para una muchachita de trece años, así que se quedó en un rincón, flaca como era pasaba desapercibida. Llegó la señora que comenzaría el rosario, se acercaron otros vecinos, así que no echarían en falta su presencia, se fue a la sala. En uno de esos sillones viejos, cubierto con una sábana blanca, se sentó

y abrió la primera carta. La olió y se emocionó, imaginando lo hermoso que sería que alguien le escribiera a ella.

*Amor mío:*

*Te extraño y hace unas horas que estuvimos juntos. Sé que quiero estar contigo, eres el amor de mi vida. Toñita, estar contigo es el cielo...*

—Niña, ve a traer unos bolillos con don Marcos.

—Sí, mamá.

En el lugar estaban ocupadas casi todas las sillas, mucha gente conocida de la familia había llegado, aunque en vida la difunta estuvo sola. El silencio se interrumpía con los rezos y todos los presentes miraban al piso pidiendo, tal vez, por Toñita o por ellos. El humo del incienso inundaba el cuarto, las flores ocupaban un espacio considerable. Eran pocos los que lloraban, más que tristeza parecía liberación.

—¿Cómo fue que pasó? —preguntó Irma a su comadre, lo hizo sólo para enterarse, porque ambas eran las más chismosas del pueblo.

—Dicen que la encontró doña Lucía. Ella regularmente venía a hacerle la comida y a limpiar. Una que otra vez, la

ayudaba a maquillarse o a pintarse el cabello, ya ves que a pesar de todo cuidaba mucho su apariencia. Se fue a las tres de la tarde y cuando regresó, al día siguiente, Toñita estaba sentada en su silla y la televisión encendida, así la había encontrado otras veces, pero cuando Lucia se acercó, se dio cuenta que ya estaba muerta. El doctor dijo que fue un paro cardíaco, muy rápido y sin dolor, pero yo digo que murió de tristeza, ya ves lo que le pasó con ese desgraciado. Pobre mujer...

—Aquí están los bolillos, mamá, —dijo Rosalía con su tierna voz.

—Gracias, si quieres ya vete a dormir que ya es muy tarde y mañana tenemos mucho trabajo, —le dijo a su hija mientras le daba un fuerte abrazo y un beso en la frente.

*Amor mío:*

*En otra carta te decía que sólo quiero estar contigo. Hace apenas unos días que nos vimos, ya muero por tu risa y tus ojos, por tocar tu mano y darte besos. Nunca en la vida había sentido algo así por una persona, Toñita te quiero con todo mi ser...*

El rosario continuaba en un ambiente de resignación. “Así es la vida, sólo es prestada”, se escuchaba. Alguien pasaba con

una charola ofreciendo café y atole; para ese momento en el lugar había gente de pie. Muchos llegaban con flores y con cosas para los nueve días que vendrían.

En ese momento entró Julián, hermano de la difunta, era un anciano que caminaba con paso muy lento. Tenían muchos años sin verse, sin embargo, él le pasaba una pensión para que sobrelleva la vida.

—¡Ay, hermanita! te dije que no te murieras sola. Mira, aquí estás y tuvo que pasar tiempo para que alguien te encontrara. ¡Qué soledad la tuya! Aunque sé la razón: ese maldito te ilusionó. Creo que te equivocaste, no debiste vivir así; muchas veces me dijiste que no me metiera, creo que debí hacer más por ti. Descansa en paz, hermanita, ojalá entres a la Gloria.

Alguien se levantó y le dejó el lugar a Julián que se quitó el abrigo y dejó su bastón a un lado, las arrugas estaban muy pronunciadas en su rostro y se marcaban más con la tristeza. Lucrecia, otra de las hermanas, entró, se acercó al féretro y dijo algo para la difunta y para sí misma. Estaba tan vieja y pequeña que ya no podía ni llorar, necesitaba la ayuda de una de sus hijas para andar en el mundo. Se sentó a un lado de su hermano y se abrazaron.

Carlos Ramos

*Amor mío:*

*Esas noches en las que nos hemos escapado de todo el mundo han sido las mejores de mi vida. Quiero que así sea siempre. Quiero darte todo lo que tengo, te construiré una casa. Toñita, mi vida es tuya...*

—Ya duérmete, niña, que es muy tarde; apaga esa luz.

—Sí, mamá.

—Mañana tenemos que levantarnos muy temprano.

La señora que dirigía el rosario terminó y se marchó. Los presentes se quedaron velando el cuerpo de quien decían había sido una buena mujer. Algunos familiares discutían si había que cremarla o enterrarla en donde estaban sus padres.

—¿Por qué no se hablaba con sus hermanos? —volvió a preguntar Irma a su comadre.

—Lucrecia le quitó unos terrenos, le dijo que ella sí los iba a aprovechar porque tenía varios hijos, en cambio, que ella los tuviera sería un desperdicio. Se enojaron y no volvieron a hablar, de eso hace como veinte años. Con Julián se enojó porque muchas veces le dijo que se casara, que tuviera una familia, que se olvidara de esa desgracia juvenil, pero ella nunca quiso, y la última vez que le hizo un comentario, lo corrió de su casa, diciéndole que no tenía derecho a meterse en su vida. Se

veían muy de vez en cuando, pero nunca volvió a ser lo mismo. Se pasó muchos años sola, nada más doña Lucía y una sobrina la veían.

Antes tenía dos gatos siameses, muy bonitos, pero los regaló cuando vio una noticia en la televisión: una anciana murió en soledad y sus mascotas se la comieron durante varios días, no quería que eso le pasara. Pero al final dejó este mundo en la soledad más desquiciante.

*Amor mío:*

*Quisiera decirte algo hermoso, pero soy muy malo con las palabras, así que tomo unas prestadas de nuestra canción: “quíereme porque ya creo merecerte, porque ya logré ponerte en mi alma tu más grande altar...” Toñita, eres mi vida, vamos a escaparnos juntos, casémonos y dejemos estas tierras...*

—Sí conoció el amor, ésta es la prueba, pero ¿por qué murió sola? —reflexionó Rosalía.

—Niña, no hagas ruido, apaga la luz y ya duérmete.

*Amor mío:*

*Soy tuyo, sólo tuyo. Recibe este mechón de cabello y mi pañuelo como muestra de mi amor. Consévalos para que, aunque lejos esté contigo. Te amo Toñita...*

Cerca de las doce de la noche el lugar seguía lleno, los presentes estaban en un silencio absoluto. Afuera, algunos parientes lejanos contemplaban la noche mientras fumaban y se pasaban la botella de aguardiente.

Se decidió sepultarla en el lugar en donde estaban sus padres. La misa de cuerpo presente sería a la una de la tarde y de ahí al panteón municipal.

Todavía llegaba gente, algunos que nunca la conocieron, pero que hoy la despedían. Seguramente en vida no estuvo rodeada de tantas personas como ahora. Ella siempre tuvo una personalidad dada a la soledad, aunque cada que podía ayudaba. Por esa razón en su casa no había fotografías de otros, ni familiares ni amigos, en una pared del comedor, únicamente su retrato.

La niña que ya casi había leído las quince cartas que había tomado sintió curiosidad y se deslizó como gato al cuarto de la difunta. Abrió nuevamente los cajones, nada que no hubiera visto antes. Fue hasta el ropero, un mueble muy viejo, macizo, como las cosas del siglo pasado, ahí encontró abrigos y zapatos

de otra época, también un revolver tan viejo e inservible que pesaba muchísimo. Dio con un cajón que tenía la llave puesta, abrió y se encontró cosas muy personales: joyas, lociones caras, algo de dinero y una pequeña caja de madera. Lo pensó un poco, tomó la caja, cerró todo y se fue a su cama.

Al abrirla se deslumbró por el brillo de un anillo, el diamante era de muy buen tamaño, también había un mechón de cabello igual al anterior y una carta. Cuando desdobló el papel, reconoció el perfume, se acomodó para poder leer esas letras que en tan poco tiempo le eran entrañables. Conforme avanzaba, se enteraba de la verdadera vida de Antonia Galeano, los colores se le subían al rostro porque estaba segura que esto lo sabían pocas personas. Recostada en su cama, trataba de reconstruir la vida de Toñina, misma que le parecía hermosa.

*Amor mío:*

*Ayer me hiciste dos veces el hombre más feliz del mundo, me diste el sí y recibiste el anillo. Pero además me dejaste descubrir el secreto de tu intimidad. Estoy ansioso por volver a verte, regresaré muy pronto tú sabes la razón...*

Por fin alguien comprendía a la difunta. La niña pensó que todos juzgaban mal a su tía abuela. Decidida, se levantó y se dirigió a la sala en donde se encontraban los que aún velaban el cuerpo, después le hizo señas a su mamá, quien un poco molesta se acercó a su hija y pasaron a otra habitación.

—Mamá, yo sé el porqué de que Toñita se quedó sola.

—Niña, no digas tonterías ¿qué vas a saber tú?

—Encontré sus cartas y un anillo. Me creas o no, esto es lo que pasó. Sí hubo alguien en su vida, se mandaban cartas, lo conoció aquí, en el pueblo...

Los presentes levantaron la vista, en ese momento entró una persona que, ayudada de un bastón, caminaba muy lento; el cabello cano cubría su pequeña cabeza y un jorongo abrigaba su cuerpo que apenas se sostenía. Era quizá el último que vendría a despedirse, con mucho trabajo llegó hasta el ataúd y dijo “Toñita, amor mío...” En ese momento Julián lo miró, se puso de pie, tomó su bastón y le gritó al anciano: “maldito, te dije que la siguiente vez que te encontrara te mataría; deshonraste a mi familia”. Después de esto, le vino un ataque de tos que no le impidió empujar a quien no bajaba de estúpido. El otro viejo al caer casi tira la caja con Toñita adentro. Julián se le fue literalmente encima y ambos quedaron tirados en el piso ante el asombro de los presentes. La pelea más lenta y ridícula terminó

cuando alguien se apiadó y separó a los contrincantes, uno sin su placa dental y el otro sin sus zapatos ortopédicos, que por alguna razón salieron volando.

Se llevaron al visitante, mientras que al hermano de la difunta lo tranquilizaron en la pieza de al lado, porque no dejaba de decir groserías y maldecir, sacando años de rabia contenida.

Durante el alboroto, muchos salieron y casi dejan sola a la difunta, una que otra alma se quedó en el lugar.

La niña se acercó al ataúd, en una esquina, acomodó las cartas, el cabello y el anillo; contempló a Antonia Galeano, la tía abuela que no conoció pero que, ahora, ya muerta, sonreía enamorada.

San Marcos, Hidalgo.

10-agosto-2018



## En el camino real

De Felipe siempre dijeron que era un problema. Llegaron a vivir cerca de mi casa, sólo venían él y su mamá, parece que huían del papá. Ella trabajaba en un bar, decían que únicamente bailaba, regresaba de madrugada y en el día se la pasaba durmiendo; él no iba a la escuela porque no les alcanzaba el dinero, siempre andaba en la calle y ahí fue que le comencé a hablar. Cuando salía de casa me lo encontraba muy seguido, él sabía de mí porque en una ocasión me defendió de unos tipos de mi escuela, le agradecí y nos comenzamos a frecuentar.

Él se dedicaba a robar, al principio lo hacía por necesidad, porque su mamá lo olvidaba por completo; primero algo para comer de la tienda y luego algo de ropa en el mercado. Yo creo que le encontró gusto a la ajeno porque comenzó a tomar todo lo que se atravesaba en su camino. Al poco tiempo nos hicimos adolescentes y como él continuaba asaltando, formó una banda que tenía asolada a una parte de la región, en esa época

comenzaron a beber y a consumir drogas, lo sabía porque muchas veces los vi, estaban siempre en la casa abandonada y que nunca se terminó de construir. Ahí también me defendió cuando uno de su grupo me ofreció droga y yo me negué, le dio varios golpes y les dijo que nadie se metiera conmigo. Yo no tenía miedo de salir, porque sabía que ellos me protegían, no pocas veces vino a mi casa a venderme o dejar cosas de sus hurtos y yo, por no buscar problemas, le compraba o le guardaba algo.

Cuando la zona no les bastó, se fueron a robar al Estado de México, allá se metían a las casas y casi siempre regresaban con buenos botines: joyas, objetos de plata, efectivo, pequeños electrodomésticos o cualquier cosa de valor que encontraran. Un buen día tomaron un carro y los cinco se fueron para atracar, ya habían “trabajado” juntos y sabían perfectamente qué le tocaba a cada uno, pero en esa ocasión decidieron cambiar de objetivo. Entraron a un banco con las pistolas en la mano, uno disparó al aire y al poco tiempo los presentes estaban tirados en el piso, sin embargo, no se esperaban que uno de ellos fuera un policía vestido de civil, el cual les disparó varias veces y en ese momento alguien aprovechó para activar la alarma. Los asaltantes salieron huyendo en medio de los tiros para meterse al carro justo en el momento en que llegaban varias patrullas que

de inmediato los siguieron. En la persecución un balazo proveniente de una patrulla acabó con la vida del que iba en el asiento trasero. Durante varios minutos siguió la fuga hasta que por fin lograron perderse, tiraron el cuerpo del cómplice y continuaron unos kilómetros más hasta encontrar un lugar para dejar el carro y largarse por otros medios.

A Hidalgo nada más regresaron dos, la noticia salió en todos los periódicos porque fueron tres los ladrones muertos, un policía agonizando y un civil herido. Lo que lograron llevarse de las cajas apenas eran unos pesos. Se escondieron durante algunos meses, porque los buscaban hasta en los mezquites. Fue entonces que él me pidió que le llevara algunas cosas para comer, pues ni siquiera salía de su casa. Me platicó que él fue el que disparó en el banco contra el policía y que después decidió abandonar el cuerpo de su amigo “lo dejamos como a un perro, pero qué más podíamos hacer”, me dijo, pero no le vi el remordimiento; por el contrario, le noté cierto orgullo en los ojos.

Para ese entonces él ya había cumplido veinticinco años, por todos era conocido como un ratero despreciable y peleonero de lo más bajo.

Una noche su mamá no volvió del bar, después supimos que la violaron, la golpearon y finalmente la asfixiaron con su ropa íntima, no quedó claro si se trató de una venganza o de un crimen aislado. Él buscó por todos lados al responsable, o al menos al que así creyó, y lo mató de una forma brutal. En la colonia nadie dijo ni una palabra cuando entró la policía; por el contrario, hubo algunos que le celebraron su acción, pues decían que era su deber vengar a su madre. Desde ese día quedó solo en el mundo y siguió con los robos, ahora parecía que lo hacía por puro gusto.

Un día de feria en nuestro pueblo, nos encontrábamos celebrando que había dado un gran golpe, nos invitaba cervezas y miraba a la mayoría con desprecio, se sentía el rey del pueblito. Vimos que se fue al baño tambaleándose, cuando accidentalmente un jovencito chocó con él, entonces Felipe sacó su pistola y lo encañonó; disparó, pero estaba tan borracho que la bala dio en una puerta. Escuchamos el alboroto y entramos. Lo vimos queriendo cargar su arma, lo sacamos del lugar y lo llevamos a su casa, al otro lo dejamos ahí en el piso, en donde lo encontramos, sólo se había desmayado.

Estaba completamente perdido bajo los efectos del alcohol, y seguramente de alguna droga. Cuando estaba a punto de salir me detuvo para decirme que le disparó al soldado que se

encontraba ahí, en el baño, no comprendía lo que me quería dar a entender, entonces continuó diciendo, “ese tipo usaba una levita azul marino con el cuello levantado y las hombreras muy anchas, traía un pantalón blanco y botas negras, cargaba una arma, alguna especie de escopeta que por lo que se veía era pesada, una carrillera le cruzaba el pecho y un extraño sombrero le cubría la cabeza”. También decía que a veces eran dos soldados, “hablaban entre ellos de la carreta tirada por dos potentes caballos en la que viajaban y de la carga que transportaban, un verdadero tesoro”. Le dije que sí, que se calmara, que ahora ya estaba bien, pero yo sabía perfectamente que en el baño sólo estaban él y el jovencito que se desmayó. Me fui pensando que lo que me dijo era una alucinación y sólo eso. Lo dejé ahí, en su cuarto, su vida era miserable.

Pasaron tres semanas exactamente hasta que lo volví a ver, venía caminando solo. Su cara se veía demacrada, sus facciones se hundían más en su piel, la barba descuidada y él flaco como un carrizo. Me dijo que fuéramos por unas cervezas, ahí me platicó que estaba por dar un golpe que lo sacaría de la pobreza, que incluso, después de eso, se dedicaría a otra cosa. Se hacía ilusión con irse a Veracruz y poner un restaurante allá, comenzar

de nuevo... ser otra persona. Me lo decía mientras se frotaba sus huesudas manos y el ojo derecho se le desviaba un poco

Lo escuché por cerca de dos horas hasta que, muy en secreto, me dijo que sus “ayudantes” lo habían abandonado por miedosos, no quisieron entrarle al gran robo; me dio curiosidad y le pregunté de qué se trataba. Con precisión asombrosa, me dijo de un camino que desde hacía mucho había quedado olvidado; mientras hablaba, en mi cabeza la imagen se iba formando porque yo había estado ahí. Un empedrado de casi cuatro metros de ancho y, específicamente de donde hablaba Felipe, un puente de tres arcos sobre un río que en algún momento llevó mucha agua. No había duda, se trataba del Camino Real que pasaba cerca de nuestro pueblo. Esta vía se dejó de usar cuando se construyó la nueva carretera pavimentada, ahora ese lugar es sólo para los nostálgicos, fotógrafos o pintores en busca de inspiración, aunque con esto que me decía mi amigo, me daba cuenta que también para drogadictos y ladrones.

Mi abuelo me contó que, por ese camino, hace muchos años, pasaban las diligencias que iban para la Ciudad de México, eran las grandes vías que conectaban a la nueva nación, por ahí circulaban mercancías y dinero, así que no faltaban los bandoleros y, claro, los muertos que quedaban en las orillas.

Llegados a este punto, Felipe me confió que desde hacía algún tiempo estaba vigilando ese lugar, porque aún pasaba una carreta y estaba seguro que iba cargada de oro. De manera que asaltarla sería llevarse el premio mayor, lo observaba detenidamente y no creía ni una palabra de lo que decía, simplemente era imposible. Él decía con seguridad que la diligencia pasaba los miércoles a las diez de la mañana, a esa hora, puntual, estaba sobre el puente. Como un loco aseguraba que escondido en uno de los tantos árboles que se encuentran ahí no sería difícil disparar contra los dos soldados, pero necesitaría de alguien más para llevarse todo antes de que llegaran los curiosos y con ellos los policías, entonces lo dijo: “tú lo harás, es el trabajo perfecto para ti, sí, sí, tú lo harás. Juntos nos llevaremos todo, lo repartiremos a la mitad, al fin es mucho”.

La verdad no daba crédito a lo que decía, hasta sentía que hablaba con alguien distinto del Felipe que conocí. Además, no quería comenzar una carrera delictiva y menos en donde se involucraría la muerte de alguien. La invitación no me agradó nada, no tenía ninguna razón para participar y en ese momento comprendía el abandono de los cómplices, era una locura. Increíblemente, me dijo otros detalles “sólo viajan dos militares, uno adentro y otro afuera, cada uno llevaba una escopeta y una

espada, uno de ellos cojea un poco y el otro tiene una cicatriz grande en la cara, las armas no son muy precisas y si se pone algo en el piso se podría voltear la carreta y hacer las cosas más rápido” me dijo.

Él estaba tan confiado en que le diría que sí que, cuando le expliqué que no podía hacerlo, se molestó como nunca lo había visto, me llamó cobarde y muchas otras cosas más, luego se levantó y se fue dejándome la cuenta por pagar y con la sensación de que esto acabaría mal. Pasaros muchos días y no supe de él, hasta que lo vi entrando a su casa, me miró de forma despectiva y lo noté más acabado, se veía tan mal que me pregunté cómo hacía para sostenerse. Estaba completamente solo, creo que hasta las ratas y las moscas se habían ido de su casa. La vida de un ladrón es muy errante y la de él parecía que más.

Desapareció y nadie daba razón de él, pensé que se había ido para siempre, pues la policía le seguía los pasos. Traté de entrar a su casa, pero no pude, él no estaba ahí y me preocupé, ya que la última vez que lo vi se encontraba en un estado deplorable.

Un mal día, me avisaron que Felipe se encontraba en el hospital, estaba herido y su estado era grave. Lo fui a ver, ¡para él yo era lo más cercano a un familiar!, me sentía con

remordimiento, porque yo tuve la fortuna de crecer en un buen hogar, de asistir a la escuela, cosas que él no gozó. Lo vi en una cama, estaba golpeado e inconsciente, me dijeron que tenía dos heridas de bala, una en el hombro y otra en el estómago. A decir verdad, los doctores no daban muchas esperanzas; afuera estaba la policía esperando por él, ya que estaba en calidad de detenido.

Fueron los agentes los que me platicaron la manera en que lo encontraron: un pintor andaba por la zona, llevaba a sus perros y Wéstern, uno de los animales, dio aviso; dijeron que cuando el artista se acercó se quedó paralizado, pues encontró a un tipo esquelético que sangraba mucho y se quejaba, llamó a urgencias y dijo recordar que eran pasadas de las diez de la mañana del miércoles. En el momento que llegó la ambulancia y una patrulla, le encontraron una pistola y un cuchillo, no vieron rastro de cómplices o algo que les indicara qué había pasado, estaba solo en aquel paraje. Cuando vieron su ficha descubrieron que era buscado por varios delitos, así que era cuestión de tiempo para que fuera apresado.

Me senté en una de las bancas del hospital e intuía que mi amigo no saldría vivo de esa cama, llevaba varios días en ese estado y no respondía a lo que hacían los doctores. Ahí mismo, me pregunté por qué ellos hacen tanto por alguien que no tiene

esperanza o por qué hacerlo por él, que estaba corrompido y que quizá asaltó o asaltaría a uno de ellos teniendo la oportunidad. La voz del doctor me regresó a la realidad, al policía de guardia y a mí nos dijo que Felipe había dejado de existir, me dio unos documentos y se marchó. El policía me miraba con pena y me dijo que lo sentía, yo también lo sentía, morir en soledad es algo fuerte; con voz muy baja, volvió a hablar “es una lástima que muriera porque hay cosas que todavía no se pueden explicar; cuando los paramédicos lo atendieron estaba apretando en su mano derecha una moneda de oro y dicen que era muy antigua”.

Tiempo después, cuando hicieron la autopsia, hubo algo que llamó bastante la atención. Tardaron mucho en descubrir qué arma fue usada, pues el calibre era casi desconocido, al final dieron con la información, se trataba de un arcabuz, de esos que se usaron en la época de la Colonia.

San Marcos, Hidalgo.

30-abril-2019

## La señora de rabia

—Ve por los animales.

—Pero yo fui ayer, hoy le toca a mi hermano.

—¡Qué vayas de una vez! ¿O quieres que te dé una chinga?

No me quedó más remedio que ir después de la amable invitación de mi papá. Es cierto que le toca a mi hermano, pero a él lo consienten mucho porque es el menor, mientras que a mí me cargan la mano.

Esta época del año es de mucho calor, así que siempre ando con mi sombrero y cada que puedo bebo del río. Hay días en que es insoportable el Sol, los caminos se ven muy tristes, la tierra cuarteada y el polvo lo cubre todo. Mi caballo, el Pinto, luego no quiere andar porque parece que se sofoca, sólo busca la sombra; yo sé que a él tampoco le gusta este solazo.

En esta temporada se sacrifican a varios perros de la calle porque atacan a las personas o a los animales, se ponen muy

agresivos y se les ve la espuma en la boca. Luego siento feo por ellos, pero la gente dice que es mejor así, que es por el bien del pueblo.

Mi papá ha matado a tres y si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho el vecino o cualquiera, porque dicen que esos animales están enfermos y que son un peligro. Por ello no es raro escuchar disparos y, luego, ver a alguien con una carretilla transportando el cadáver de un perro ya cubierto de cal, lo llevan hasta el camino del cerro flaco y allá lo tiran.

En nuestro pueblo esa “plaga”, como le dicen algunos, está controlada, el problema es en el cerro gordo y en el otro pueblo que se encuentra a varios kilómetros del nuestro. Cuando hablamos de ellos decimos que están más *rústicos* y *silvestres*, porque de aquel lado hay mucha pobreza, enfermedades y hablan un idioma extraño que yo no entiendo.

Para allá casi no vamos, pero ellos sí vienen porque venden los productos que elaboran: estropajos, escobetillas, algunos bordados, pero lo que más traen es pulque y tierra para las macetas. En el cerro gordo muchas veces nos encontramos con ellos, porque igual llevan a sus animales a pastorear, van por leña o suben para buscar algo que comer.

—Muchacho, si vas para allá arriba ten cuidado porque anda la señora de rabia. —me dijo doña Remedios.

—¿Y qué es?

—Pues una señora.

—Pero, ¿qué hace?

—No seas tonto, cuídate de ella, es peligrosa, y si la ves huye y avisa a los demás porque desde ayer la andan buscando.

Después de escuchar esto ya no quería ir por los animales, pero me acordé de las palabras de mi papá y ni modo, tuve que seguir. Me aferré al caballo con las piernas, con una mano sostenía la soga muy fuerte y con la otra el machete bien agarrado.

Volteaba para todos lados, buscaba lo que sea que fuera esa mujer. No tenía idea de cómo o qué era. Todavía se hablaba de brujas, pero según decían nada más andaban de noche. Tal vez era un animal o quizá *la muerte*, como escuché que dijo mi abuela.

Cuando llegué, los animales estaban inquietos, uno de ellos corrió y tuve que ir tras él. En el camino me crucé con unos señores que parecían cazadores, hablaban en ese idioma extraño y uno dijo algo que me sonó a “mujer rabia”; se me erizó la piel y me alejé de ellos. Encontré al animal y regresé por los demás. No dejaba de pensar en qué sería eso, en el aire además de calor y polvo se respiraba energía.

Al volver a casa, me enteré de que mi papá le disparó a un perro y lo había ido a tirar. Mi mamá me contó que el can casi muerde a mi hermano. Ellos estaban componiendo el corral de las gallinas y en eso el animal llegó corriendo enloquecido, ladraba fuerte y en el hocico tenía líquido blanco, mostraba todos los dientes de una manera muy agresiva. Con rapidez, se acercó a mi hermano, pero él logró poner una gallina entre él y el perro. La bestia destrozó brutalmente a la gallina, la hizo girones. En ese momento mi papá jaló el gatillo. Afortunadamente al consentido no le pasó nada, ni un rasguño, de todas maneras, mi mamá le dio una friega con alcohol y hasta le prepararon chocolate.

—Papá, ¿qué es eso de la mujer de rabia?

—Puros pinches cuentos.

—¿Existe?

—Nunca la he visto, son chismes para espantar a los ingenuos, ha de ser una loquita y ya.

Así que en realidad es una mujer. ¿Qué edad tendrá? ¿Cómo estará vestida? ¿Por qué habrá enloquecido? ¿Será agresiva y por qué ataca? ¿Se trata de brujería? me hice estas preguntas hasta que llegó la hora de dormir.

Desperté de madrugada, lo sabía porque aún no había luz del Sol, acomodé mis ropas y me cubrí con la sábana porque

había moscos, giré mi cuerpo y la vi en la ventana... ahí estaba, afuera, de pie, mirándome, sólo mirándome.

Vi su piel pálida, ella muy joven, de su boca entreabierta le escurría baba. Horrorizado, oculté mi rostro entre las sábanas pensando que así se iría. Después de un momento volví a mirar, ahora estaba adentro del cuarto, grité con todas mis fuerzas, desperté a todos en la casa y yo me quedé ocultando el rostro.

Mi papá entró con el revólver en la mano; a gritos, pedía explicaciones, con verdadero pavor le conté lo que pasó. Echó un vistazo en el cuarto, fue a la cocina, salió al patio y hasta donde estaban los animales, pero no encontró nada. Recuerdo que me dijo: “qué mujer de rabia ni qué la chingada” antes de darme una paliza.

En la mañana todavía me punzaba y dolía en donde me había pegado. Con la cabeza agachada, llegué a la cocina para comer algo, mi papá seguía molesto. Salí con los animales, no me quedaba de otra.

Llegó mi amigo y, al verme golpeado, me preguntó la razón, le conté lo que pasó. Me miró incrédulo y dijo: “no lo vas a creer, pero yo soñé con ella o por lo menos con lo que dicen que es”. Nos quedamos pensando un buen rato hasta que me convenció de ir al pueblo vecino para “investigar”, porque

decían que de allá había salido aquel ser, total ¿qué nos podía pasar?

En la plaza había mucha gente reunida, discutían acaloradamente, nosotros no entendíamos, pero intuíamos que hablaban de ella. Entre la multitud encontré a don Darío, él había trabajado con mi papá y me reconoció. Nos acercamos para preguntarle y que nos tradujera. Nos dijo que habían decidido atraparla lo antes posible, porque el marido había narrado que en la noche ella regresó y estuvo a punto de morder a su propio hijo, pero afortunadamente logró alejarla.

Dijo que al verla a la cara apenas la reconoció porque tenía una expresión horrible. No dejaba de agarrarse la cabeza como si le fuera a estallar y no paraba de moverse. Ella se fue para el cerro y el señor se quedó con su hijo en brazos, mientras éste no dejaba de llorar. Él sabía lo que le había ocurrido a su esposa y por eso pedía a todos que le ayudaran a darle caza, porque no tenía cura y además era un peligro.

Después de que improvisamos armas, caminamos rumbo al cerro, pues decidimos seguirlos, total, ya estábamos ahí. Don Darío nos explicó las indicaciones que dieron, si la veíamos debíamos chiflar de cierta manera, que no nos quisiéramos sentir héroes nos dijo a mi amigo y a mí, los adultos tenían la obligación de darle muerte.

Mientras andábamos, nos platicaba que hacía muchos años había pasado algo parecido, pero aquella señora se quedó en su casa; la encontraron paralizada, entumecida y ya no había nada que hacer, sólo matarla, estaba sufriendo mucho. Luego quemaron el cuerpo porque pensaron que era lo mejor para acabar con el mal. La diferencia con lo que pasaba ahora, era que la mujer estaba fuerte, incluso dijeron que atacó a un chivo y que había que tener mucho cuidado.

Avanzamos y el calor era sofocante. De pronto, alguien chifló, corrimos hasta el lugar para encontrarnos con tres perros negros colgados de un mezquite, eran unos cachorros y abajo había manojos de hierbas, alguien dijo que de las que usan para hacer el mal, en la tierra se veían algunos signos que no supe qué eran.

Los que se encontraban viendo eso hablaban en voz baja, don Darío nos dijo que nos alejáramos, porque no era bueno ver ni estar ahí. Seguimos buscando hasta que nos encontramos a otros que andaban igual que nosotros. Mi amigo y yo aprovechamos para irnos, luego nos separamos. Los animales estaban tranquilos, así que me los llevé sin problema.

Casi llegando a la casa, mi hermano me alcanzó, me dijo que mi papá había ido a buscarme y no me encontró, estaba muy

enojado. Pensando en escaparme, metí los animales a su corral lo más rápido que pude porque ya me imaginaba los golpes. Vi venir a mi papá y logré correr antes de que me agarrara. Iba tras de mí y me gritaba, me fui para atrás de la casa y al dar la vuelta me detuve en seco, ahí estaba ella, la mujer de rabia, en el piso con las manos torcidas y el cuerpo en una posición extraña.

Gritaba de manera dolorosa, sus brazos se retorcían, su pierna estaba rígida y ya casi toda la mitad de su cuerpo carecía de movimiento. Con una mano se tocaba la cabeza, se estremecía. Su cara la tenía roja con muchas cicatrices y una espeluznante mueca de dolor. Sus gemidos viajaban en el viento y chocaban con la piel que se erizaba, sus ojos estaban apagados.

En ese preciso momento, mi papá estaba por alcanzarme y por miedo corrí hacia él, fue entonces cuando vi que sacó su pistola y el ruido me dejó sordo unos instantes. En el piso quedó un perro negro atravesado por el disparo, de su boca salía sangre y espuma, a un lado la mujer dio un breve quejido y luego silencio, ante nosotros se le escapaba del cuerpo el último aliento.

San Marcos, Hidalgo.

15-abril-2019

## Te presto mis ojos

Su piel morena y única resaltaba en el recinto de paredes azules. El olor a café recién hecho despertaba a todos, pero la mañana sólo cobraba sentido al verla sonreír, simplemente porque iluminaba el día. Así fue como la conocí.

El lugar se ubica en el centro de la ciudad, es agradable y cómodo. Observando un poco, te das cuenta que el aroma a café, la música y pintura juegan en ese sitio. Llegué ahí por casualidad; estaba caminando mientras pensaba en lo cotidiano hasta que algo llamó mi atención. Al entrar me transporté a un espacio encantador, me senté y entonces la vi; estaba atendiendo la mesa de al lado y pensé que el gesto que hacía antes de reír era igual al cielo un segundo antes de la lluvia. Seguí sus pasos porque simplemente quedé impactado. Vi sus manos y recordé a Pablo Neruda: “y tus pequeñas manos y las mías robarán las estrellas”. Después la vi perderse en la cocina, tras la puerta que parecía de espejo.

Cerré los ojos pensando en la cotidianidad, ella y su perfume se aparecieron ante mí, con voz muy linda dijo:

—Buenos días y bienvenido, le dejo la carta, en un momento le tomo su orden.

Nuevamente la vi alejarse y miré el menú, pero pensaba más en los pendientes por resolver. Aunque estando ahí me tomaría un buen café y seguramente comería una rebanada del pay que desde mi mesa se alcanzaba a ver y parecía delicioso.

El ambiente se sentía relajado, algunas parejas estaban en los sillones que se encontraban apartados y que parecían dispuestos para los enamorados. En las mesas una familia y uno que otro solitario. Alguien puso música y esto me hizo volver la vista a la carta, el olor a café ya me atrapaba.

Llegó como una aparición. Traía una charola con café negro, casi como petróleo, un pay y una malteada. Puso todo en la mesa y se sentó conmigo. Al principio no lo podía creer, me sonreía y sí, lo confirmé, como el cielo antes de la lluvia, los sueños si se cumplen, pensé al ver los huecos que su sonrisa hacía en su rostro, sus ojos tan profundos que te perdían, su cabello negro, largo y hermoso.

Por la ubicación de la ciudad, pensé en una princesa de la época de los toltecas, algo completamente espectacular. Yo no

podía ni hablar, nunca había visto a una mujer tan hermosa. Le dio un sorbo a su malteada y con la mirada me indicó el café. Bebí un poco, comí del pay y mi paladar lo agradeció, ella rompió el silencio.

—¿A qué se dedica?

Antes de que pudiera articular palabras, miré los pequeños cactus puestos en tazas que estaban sobre las mesas, ese detalle me gustó, cada planta crecía entre pequeñas piedras.

—Me dedico a observar y a ponerlo en papel —dije, una vez que mi interior se tranquilizó.

—¡Qué interesante! ¿Y qué observa?

—¡Todo! por ejemplo, a ti; desde que llegué encontré muchos detalles hermosos en tu persona.

En ese momento sus ojos se encendieron y descubrí una luz nueva, también ese gesto de sorpresa, que, sinceramente, la hacían lucir hermosa. Le platiqué que todavía me asombraba del mundo, que cada día salía a contemplar la belleza o a reír de lo simple. Se quedó pensando, haciendo un nuevo gesto entrañable. Me dijo que era interesante.

—¿Qué más ha visto? —me dijo antes de dar otro sorbo a su bebida.

Miré el cielo de biombos como nubes. Le dije que vi su piel, su forma de andar y sus manos. Pero de camino a este lugar vi el amanecer, las estrellas antes de ocultarse, el mar que es el cielo, las luciérnagas; que me había quedado observando cómo crecen las plantas, el revolotear de las mariposas, el colibrí y su flor.

—¡Qué hermoso!, ojalá que yo también pudiera ver todo eso.

—Te presto mis ojos —le dije con calma.

—Eso es imposible.

—Sí, vamos a hacerlo, “hagamos posible lo imposible”.

Me miraba incrédula. Casi como en un ritual, tomé una de sus manos, la apreté suavemente, la llevé a mis ojos y los cubrí, mi otra mano tapó los suyos. Después de un rato, nuestras manos quedaron juntas sobre la mesa.

Ahí estábamos, frente a frente, éramos los mismos y no. Ella me dijo lo que veía, estaban las mariposas que parecían besarse, el colibrí haciéndole el amor a las flores, las plantas moviéndose con el mundo. El agua llena de vida y jugando con el viento. Las montañas y cerros repletos de vida, las aves en parvada dejando su mensaje.

—Es asombroso poder mirar con los ojos de otro, —dijo con un hilo de voz.

Al otro lado de la mesa comencé a ver a esa niña, la que fue ella, la rebelde, la más lista de la clase. La que sorprendió a todos cuando se golpeó en la frente, cosa que en ese momento era sólo recuerdo. Miré esas verduras que para su paladar eran tierra, pero también logré contemplar el sur con su cordillera y su nieve, con su vino y su asado. Mirar con sus ojos me encantó, aprendí mucho, porque ella había visto mucho.

Entonces ambos lo comprendimos, el secreto está en los ojos, para mí en los de ella. Tuvimos un momento de conexión que no necesitó palabras. Nos miramos y aún estábamos tomados de la mano, lo supimos: somos lo que vemos, nuestros silencios, los lugares que pisamos, los sabores en nuestra boca, ver, como lo hace otro, es entendernos. Sonreímos y volvimos a ser nosotros, aunque éramos otros.

—Eso fue mágico —me dijo con un brillo nuevo.

—A mí también me gustó, es tan lindo conocerte.

—Cuénteme más.

Mi pay y mi café estaban casi terminados, ella ya estaba por terminar su malteada. En el lugar algunos se habían ido, otros llegaron. Vi más gente, pero nosotros estábamos ahí en esa mesa para cuatro, ubicada a veinte pasos de la entrada. Decidí

contarle más, pero no con palabras, le hablaría en ese lenguaje secreto que pocos comprenden.

Volví a tomar su mano, la puse en el lugar en donde está mi corazón, a los pocos latidos le dije: te lo cambio; sonrió y nuevamente éramos otros, ahora teníamos los ojos cerrados. Comencé a recorrer su corazón, sentí con y en ella, amor, felicidad, sueños cumplidos, determinación y tristeza, cada palpitar me llevaba a recorrer su cuerpo. La encontré tan natural, pura, sentía que la conocía, viajaba por sus venas.

Ella comenzó a sentir, a recorrer lo que hay en mí, no tardó mucho en darse cuenta, tomó mi mano con fuerza, abrió los ojos y lo supo. El destino, la mañana o la generosidad del universo nos pusieron ahí, en ese lugar y a esa hora, nos mirábamos felices. Se veía aún más hermosa, sabía que todo iría bien, no paraba de sonreír y yo de verla, sentí paz, acaricié su mejilla y me acerqué para besarla, simplemente era perfecto...

—Disculpe, joven... joven... ¡joven! ¿Está listo para ordenar?

Apenado, miré a todos en la cafetería, pedí un café americano y un pay de la casa.

San Marcos, Hidalgo.

10-octubre-2018

## Ya les dije que yo no lo hice

Cuando volvió en sí seguía amarrado. El ojo izquierdo lo tenía tan golpeado que no lo podía abrir y la oreja de ese lado la tenía colgando. Sus manos estaban atadas hacia atrás y seguramente ya no las sentía porque la cuerda se veía muy apretada. Por sus piernas corría sangre, sudor y, probablemente, orina.

El policía que se encontraba de pie frente a él le dio una cachetada que hizo un fuerte eco en la cocina. Le aventó agua para hacerlo reaccionar y entonces vino un nuevo golpe que le desolló el labio, el sabor a sangre, a su propia sangre, lo hizo escupir, o al menos intentarlo. De su nariz escurrían mocos transparentes que se mezclaban con todo lo que había en su cara que estaba irreconocible. El ambiente en el lugar era lúgubre, de esas tardes que mueren con tonos ocres; se percibía un humo azul de cigarro que hacía lucir el sitio aún más tétrico.

Ahora fue la mujer policía quien se acercó, él se retorció tratando de zafarse, intentó gritar, pero le pusieron un trapo en la boca. Le arrancaron la camisa y lo quemaron con un cuchillo al

rojo vivo, luego le hicieron cortes en el pecho para que sintiera más dolor. El olor a carne quemada y sangre lo sumió nuevamente en la inconsciencia.

Ambos policías discutían sobre qué hacer ahora, si buscar nuevas formas de tortura o dejarlo ir. En la casa, a ratos, se escuchaba un silencio espectral, salvo por cuando los cuartos de arriba, repetían los ecos. En la calle la noche había caído y el sonido de sirenas y disparos se escuchaba de vez en cuando. En el barrio todo era confusión, detenciones y algunas casas estaban en llamas.

Adentro el radio de uno de los policías dejaba oír reportes, localizaciones y órdenes, ellos estaban al tanto de lo que pasaba afuera. El uniformado preguntó a su superior qué era lo que debían hacer con aquel tipo, únicamente contestaron que lo retuvieran y se cortó la comunicación.

Rociaron vinagre en sus heridas, esto lo hizo reaccionar.

Era inesperado estar así, pues su vida había sido muy tranquila y el hecho de que fueran policías agravaba más la situación y la volvía casi ridícula.

Las cosas habían cambiado, en algún momento se habían torcido de tal manera que ahora lo real era ese lugar, la silla en donde estaba atado, la sangre seca y las heridas escurriendo. La mujer se acercó para decirle que sabía lo que había hecho y que

ya estaba harta de él. Tomó la pistola de su cinturón, le apuntó a la cabeza y nuevamente le pidió que hablara, que de una maldita vez hablara. Con el arma le quitó la mordaza y entonces él pudo balbucear “por favor, ya les dije que yo no lo hice”. Nuevamente le apuntó porque no quería confesar ni cooperar.

Aterrorizado comenzó a gritar, el sudor limpió un poco la sangre, entonces ella jaló del gatillo, se escuchó ¡bang! y los tres quedaron paralizados. A los pocos segundos las carcajadas de los dos policías era lo que retumbaba, él se había desmayado de la impresión; el arma no estaba cargada, para ellos era un juego, para él era “morir” torturado una y otra vez para luego regresar a la misma tortura.

Parecía un despojo, verlo así hacía pensar en que había perdido su calidad de humano; lo habían reducido a un simple objeto. Estaba humillado, cubierto de suciedad y su propia sangre. La mujer policía, visiblemente aburrída, dijo que iba a cocinar algo, el otro agente se echó a reír porque era completamente hilarante y fuera de lugar lo que pretendía hacer. Ella abrió el refrigerador y encontró algo para echar en el aceite caliente que ya estaba en el sartén sobre la estufa. Entre risas, su compañero le preguntó si se iba a comer todo lo que estaba

haciendo y ella contestó: “nos lo vamos a comer y hay suficiente para llevarle a mis hijos”.

Ambos estaban disfrutando de una deliciosa cena que parecía el resultado de una cita romántica. Cuando estaban por terminar, el torturado volvió en sí. El policía se levantó, “ya está bien” dijo, y subió la flama a todo lo que daba.

Entonces el uniformado se puso los guantes de cocina, tomó el sartén por el mango y, con una tranquilidad enloquecedora, le comenzó a verter el contenido sobre la cabeza, cuando terminó le dio un golpe en la nuca con el utensilio de cocina. Ni qué decir de los gritos, era como escuchar al último aliento abandonar el cuerpo, algo aterrador. Ella lo quería rematar con un tiro, pero su cómplice dijo que no, que ya no era necesario. Salieron apresurados de la casa dejando un reguero de cosas, ella llevaba un traste con lo que había preparado.

El radio de uno de los policías quedó olvidado bajo la mesa, por esta razón en la casa se oían los reportes, la calle estaba vacía y sólo el humo anunciaba en dónde seguían los disturbios. Se escuchó el nombre de ambos, con la instrucción de soltar al individuo porque se trataba de alguien completamente ajeno a los hechos ocurridos, la indicación era que lo hicieran de inmediato.

La cocina se iluminó con la luz de los faros de la patrulla. Cuando entraron ambos policías buscaron el radio porque sin él no sabían qué hacer; escucharon ruidos, fueron prendiendo los focos y no vieron a ninguna persona. El condenado seguía en la silla, con la cara irreconocible porque parecía que se le había derretido, una de sus manos estaba libre, aunque el tiempo no había sido suficiente para desatarlo, él no daba señales de vida. Comenzaron a echar la gasolina que llevaban, así podrían salvar las culpas, siempre se puede acusar a otro o decir que se trató de un accidente. Tenían que acabar con toda la evidencia. La parte de abajo de la casa estaba completamente rociada de combustible, iniciaron el incendio, subieron a la patrulla y se perdieron entre las luces y las sombras de la noche.

Ese día comenzó la dictadura, mi cuerpo se quemó casi en un ochenta por ciento, pero logré salir y salvarme. Lo que narré a ustedes, señores del jurado, fue lo que viví. Han pasado muchos años desde ese momento en que era una niña y mi papá alcanzó a decirme que me escondiera bajo el fregadero, desde ahí vi lo que ocurrió, pude callar, pero en todo momento supe que él era inocente.

San Marcos, Hidalgo.

15- mayo-2019

*Carlos Ramos*

## Ya son muchos años

Tengo muchas manías, una de ellas es mi bebida de las mañanas, la cual preparo en el pocillo de siempre, sirviendo agua y poniéndolo al fuego, después, cuando está hirviendo, dejo caer café soluble y una cucharada de azúcar, ahora sólo media por recomendación del doctor, esto lo llevo haciendo por años; otra es la de sacudirme la nariz como si quisiera arrancármela, me riñe mi esposa, sé que el ruido le molesta, pero de cualquier manera lo hago; luego digo una plegaria en voz baja y ella finge no escuchar. Ahora sólo estamos los dos en casa, tal vez por eso se nota más lo que hago y lo que no, como cuando la luz del cuarto la dejo prendida, no porque se me olvide, sólo porque así quiero que esté; también sorbo la sopa y sé que esto es igual irritante, pero con los años ella ya se ha acostumbrado, lo mismo que a escucharme decir lo incorrecto y a mis comentarios fuera de lugar en el momento preciso.

Sé que no soy perfecto, después de mucho tiempo cuesta comprenderlo, no lo soy, pero ella tampoco lo es. Está obsesionada con la limpieza, se lava las manos más de veinte veces al día y si no hay agua anda como fiera; ahora hasta se ha comprado sus toallitas húmedas a las cuales les da vueltas y vueltas en sus pequeñas manos. También la puerta la cierra dos veces y más de una se ha regresado a comprobar si no dejó la plancha conectada o la estufa prendida. Además, entre sus manías, tiene una forma muy especial de decir lo que piensa: hace una pregunta, pero en el fondo es una orden, las cosas se deben hacer a su manera, porque de otra forma están mal, siempre, o casi siempre, ella va a supervisar y a arreglar lo que hice, al menos eso es lo que cree.

No todo ha sido malo, hemos compartido mucho y es curioso ver cómo se le va encaneciendo el cabello a alguien, eso es conocerse, comprenderse y quererse. Hubo momentos buenos y malos, producto de los primeros tuvimos cuatro hijos y varios nietos que nos alegran cuando vienen. Hablando de los otros, desde el principio pasamos por varias penurias, pues cuando ella tenía diecisiete años me la “robé”, eso es lo que se acostumbraba, me enamoré de esa escuincla flacucha que iba por agua con su cántaro. Después regresamos con la cola entre las patas porque éramos unos chamacos que no teníamos nada,

nos recibieron y volvimos a ser de la familia, nos ayudaron a casarnos y estuvimos de arrimados con muchas carencias y ella ya embarazada.

Hubo que trabajar, y muy duro; así pasaron los años, enojos, peleas y hasta una vez en la que nos íbamos a separar, pues un “compadre” la sedujo con besos y la promesa de una vida mejor, para entonces ya teníamos dos hijos, pero ella estaba dispuesta a irse con él y dejarnos. No la culpo de nada... por aquellos años le di muy fuerte a la botella y más de una vez le levanté la mano. Entiendo la razón de su forma de actuar y el hecho de que apareciera ese “compadre”, que además era mi primo. Al final decidió quedarse y hasta el día de hoy no encuentro la explicación. Me aguantó muchas cosas, también anduve de canijo con una señora de un bar y hasta tuve un hijo con ella, pero cambié, juro que cambié, después de tocar fondo lo único que queda es ir para arriba, dejé de beber como desesperado, le dedicaba más tiempo a mi familia y me partía el lomo para ellos.

Tuvimos otros dos hijos, el trabajo se duplicó y ella puso una tiendita, nos empezó a ir un poco mejor. Después de muchos años la vida se hizo más tranquila, los hijos crecieron y comenzaron a trabajar, nosotros, mi esposa y yo, platicamos

mucho, recordamos aquellos años de adversidad y nos reíamos porque, a pesar de todo, los superamos. Tantas décadas en común y la quiero como cuando éramos unos jovencitos. La vida no es una recta, lo puedo decir porque ya pasé por esas cuevas empinadas, pero estar aquí con ella, tenerla cerca me hace sentir satisfecho, valió la pena. Ahora ambos estamos en la última curva.

La veo sentada dando las últimas bordadas de la bufanda que le dejará a una nieta, casi sé lo que está pensando y estoy seguro que ella me lee la mente. De pronto, me mira con esos ojos que todavía tienen un destello de luz. Recordamos enfermedades y cómo las vencimos o las sobrellevamos, pero aquí estamos, uno al lado del otro, con las manías que ya son de nosotros. Ya lo hemos decidido, estamos más allá del bien y del mal.

Se levanta y sé que va a poner agua y comida al Nicolás, nuestro perro, que está amarrado en la jacaranda. Yo voy a ordenar algunos papeles para dejar estos asuntos resueltos, luego vendrá, como siempre, a preguntarme, revisar y terminar lo que hice. Descolgamos el teléfono y no sé por qué, pero cerramos el gas.

Ambos estamos relajados, no tenemos dudas, me dice que me quiere y yo le respondo que la amo y que me disculpe por

todo lo que hice mal; seguramente nunca fue con la intención de lastimarla.

Hace algunos meses, ella cumplió ochenta y uno y yo ochenta y seis, ya vivimos mucho, no estamos enfermos de gravedad, no tenemos deudas, simplemente es algo que ya decidimos.

Nos abrazamos con mucha fuerza, nos volvemos a decir que nos queremos, nos damos un beso grande como la primera vez, y me lo dice con una seguridad que hace que se me tense el cuerpo: *primero yo y luego tú, vamos a estar juntos...* Deja en mis manos una pistola, la que compramos cuando abrió la tienda, la observo detenidamente y luego miro a mi viejita, titubeo un poco, pero al final sé que vamos a estar juntos.

San Marcos, Hidalgo.

01-marzo-2019

*Carlos Ramos*

## Una forma de morir

A mis años creo que es normal pensar en la muerte. He visto a varios compañeros de la juventud dejar este mundo: uno por un infarto después de tomar su pastilla azul, dijo la viuda, otro se cayó de la escalera y se golpeó la cabeza, pero la muerte más triste fue la del que se quedó dormido en la fila de los jubilados, ya no despertó.

Si pudiera elegir, quisiera una muerte única, inesperada y que además la gente recuerde por mucho tiempo. Para algunos esto parecerá un desvarío senil, pero nada de eso, estoy perfectamente cuerdo, únicamente pienso en que, si mi vida no ha sido espectacular, que al menos lo sea mi muerte. Tengo claro que será cuando deba ocurrir, por eso nada de sogas al cuello o botadero de sesos ni sustancias tóxicas que me hagan babear, que además eso lo hace cualquiera. Prefiero algo que parezca increíble, por ejemplo, que me caiga el metro al salirse de la vía en una curva cerrada o que un avión pierda el control y me aplaste, pero esto involucraría a más personas y desisto de

tales ideas, porque no todos se quieren morir, pero sí se quieren ir al cielo.

No pretendo hacer estupideces ni apresurar las cosas, sólo quiero vivir y llegar hasta el último momento con dignidad, ni pañales ni vida artificial; discúlpeme si piensan lo contrario, pero no quiero eso para mí, ya bastante tengo con llevar la vida como hasta ahora, como para convertirme en un guiñapo.

Leí sobre un par de faquires que se quedaron en medio de sus actos, el primero al ser mordido por una cobra y el segundo con medio sable mal metido en la boca. Por otro lado, están los que cayeron a la jaula de los leones en el zoológico o fueron aplastados por elefantes de circo. Pero, aunque extraordinarias, estas formas no me atraen, les falta la chispa para trascender en el tiempo. Busco ser el primero en morir de tal o cual manera, pero han pasado tantos siglos y personas que pareciera que ya todo se ha hecho. Ahora bien, tampoco tengo la fuerza ni los recursos para viajar por el mundo buscando mi muerte, ¡vamos! que sería magnífico morir en alta mar o escalando una montaña o lanzándose del avión y que no se abra el paracaídas, pero a mi edad esto queda descartado.

No soy un orate al tener estas ideas, de eso estoy seguro. Creo que todos deberíamos ir planeando el cómo y, de ser posible, el cuándo, pues es lo único que tenemos seguro. Nada

de miedo, porque es algo natural, ya lo dijo alguien sabiamente: *para morir sólo hace falta estar vivo.*

Hay algo que me sorprende de nuestra cultura, tanto se habla de la muerte y hasta parece que nos burlamos de ella, pero mis paisanos se erizan cuando se refiere a la propia y cuidado con tratar el plan mortuario o elegir entre ser sepultado o cremado. Una vez, al hablar de esto con amigos me dijeron que estaba mal, muy mal, al tener esos pensamientos, que si acaso ya me quería dejar morir. Sé que hay buenas razones para irse, pero éste no es mi caso, lo que quiero es encontrar la mejor manera, esto ya se me ha hecho hasta un pasatiempo, y de paso me voy preparando para lo inevitable, sin nada de pasión ni apegos, simplemente lo que tiene que ocurrir y nada más. Lo único que espero es que no me sorprenda de una forma vulgar y mi mayor deseo es evitar una enfermedad crónica que me incapacite y me degrade como ser humano, a mi edad parece que ya superé esa barrera.

Hoy mismo murió otro compañero, es una pena, fue de la manera más absurda, común y hasta un cliché, se cayó mientras se bañaba, se pegó en la cabeza y ya no salió del hospital. ¿En dónde quedaron las muertes heroicas? tal vez la muerte esté en función de cómo se ha llevado la vida, no lo sé. A él lo van a

sepultar, yo he decidido que quiero ser cremado, ya pedí ese servicio, me pondrán en una pequeña urna y algún familiar la conservará o la tirará ¿qué más da? ya estaré muerto. Espero que al menos encuentren algo de mí para hacer cenizas, porque de varios no ha quedado ni rastro, perdidos en el desierto, las montañas o el mar, desaparecieron por completo.

Hoy iré al entierro de este amigo, recuerdo que él le tenía miedo a la electricidad y a los relámpagos, de manera que sepultado estará bien. Cuando sea mi momento, no quiero que vengan a rezar durante no sé cuántos días, no soy creyente, y además me he dado cuenta de que esto muchos lo ocupan nada más para ir a cenar, a veces ni conocen al difunto.

Pero antes de ir al funeral, hago lo de siempre, leer el periódico por las mañanas, así puedo darme una idea de formas novedosas. Encuentro atropellados, quemados, descuartizados; en general, muertes horribles, aunque ¿la muerte tiene que ser suave y dulce? tampoco tengo una respuesta, pero morir de cualquiera de esas maneras debe ser espantoso.

De pronto, una noticia llama mi atención “es alarmante la cantidad de chatarra espacial que orbita la Tierra, restos de satélites artificiales, de cohetes y otras cosas inservibles que dentro de poco serán un problema para los seres humanos”. ¡Por fin encontré lo que tanto estaba buscando! la nota seguía “cada

día hay más de estos objetos y ya son un riesgo, pues han caído y aunque se han monitoreado, uno nunca sabe”. Ya está ¿qué tal si me cae un pedazo de chatarra espacial?, sería el primero en morir de esta manera, sin contar que no sufriría y sería muy rápido; y aunque no quedaría nada de mí, estoy seguro que hasta me harían una estatua, o al menos una placa, algo así como el primero en las epidemias.

Ya me visualizo, qué buena muerte, voltear al cielo y encontrar un punto luminoso cada vez más cerca, más cerca, hasta que ¡pum! y se acabó. Qué lindo sería, debo admitir que la idea me emociona. Me imagino que sería como en los sueños en donde caes o que algo cae sobre ti y cada vez está más próximo hasta que despiertas agitado, pero aquí la diferencia sería que simplemente te esfumas.

Esto es original, el problema es cómo hacerlo realidad, han caído fragmentos pequeños en parajes abiertos o en el mar, pero no en ciudades. ¿Entonces, cómo hacer para que caiga aquí, en mi jardín, y que dé justo en la silla en la que me encuentre y que además tenga el tamaño necesario para terminar conmigo?

Otro día, el Sol está muy brillante, y aquí, bajo la sombra de este árbol, está muy fresco. Desde que encontré la manera volteo mucho al cielo, no me había dado cuenta de lo hermoso

que es. Debo decir que estoy tranquilo porque ya sé cómo morir, creo que sólo es cuestión de esperar y dejar que la muerte en forma de chatarra espacial me golpee con todas sus fuerzas. Pasaros varias lunas hasta esta mañana en la que me encuentro sentado en la misma silla. Aquí, a mis ochenta y cinco años, mis canas y mis arrugas podrían contar un sinfín de historias, que fui traficante, que he visto nacer y morir, que conocí al presidente y que paré una bala, pero no me creería nadie, además, mis manos están cansadas y temblorosas, lo único que me queda es leer este periódico y voltear al cielo.

Por fin he terminado con las noticias, dejo los lentes sobre la mesa y me estiro un poco siguiendo mi ritual matutino, levanto la vista y no lo puedo creer. En el cielo un pequeño punto luminoso se mueve de un lado para otro; no lleva un patrón, va rápido y luego lento, lo he visto por casi medio minuto ¿será posible? parece que lo atraje con la mente, esto es lo que esperaba. Con una sonrisa, me recargo en la silla y no pierdo de vista ese punto que a momentos se hace más grande y brillante ¿a dónde va a caer? ojalá sea aquí. Lo espero con calma, no para sus movimientos erráticos, ya ha pasado un minuto ¿cuánto tiempo tardará? se aproxima cada vez más y de pronto desaparece, ¡no es posible! me muevo un poco y ahí está

nuevamente, ahora cae en forma de espiral, va a impactar de un momento a otro, estoy listo.

Por primera vez quito la vista del objeto, tomo los lentes y me los coloco para observar mejor lo que espero sea mi muerte, pero la sorpresa, es que veo con toda nitidez una hoja de árbol atorada en la telaraña que está entre las ramas, ese es mi objeto extraterrestre. ¿¡Qué tengo que hacer para que me caiga chatarra espacial!?

Me levanto maldiciendo, que se vayan al carajo ésta y otras muertes, tanto desearlo y no va a ocurrir como yo quiero. Me encamino hacía la casa y cuando estoy a punto de entrar volteo al cielo y veo un objeto que está cayendo con violencia, no logro distinguir qué es, por asombroso que parezca me doy cuenta que faltan milésimas de segundos para que me dé en la cabeza, se ve que es muy pesado, seguramente aquí voy a quedar y no logro distinguir lo que me va a golpear.

San Marcos, Hidalgo.

19-febrero-2019

*Carlos Ramos*

*En esta parte del mundo*

Para Maritza Granados García,  
con todo mi cariño y admiración

## En esta parte del mundo

Caminar y contemplar para tranquilizar el alma. Esos eran mis pasatiempos en las últimas semanas. Lo cotidiano, la rutina, hacen que nos perdamos cosas hermosas que simplemente están ahí, existiendo. Vi los volcanes, el qurote del maguey y la lluvia golpeando el suelo; noté el olor del café recién hecho, el del pasto cuando es cortado y el de la tierra mojada, es decir, la vida.

Estos paseos, además de llevarme a muchos sitios, me condujeron a otros tópicos, a la reflexión ¿qué pasa con la vida? ¿Cómo hay que vivirla? ¿La muerte, inevitable, inexpugnable, inexplicable a dónde nos lleva? Podríamos preguntarnos sobre la posibilidad de la existencia de un ser superior, que si está seguramente se encuentra lejos y por ello no lo vemos, no lo tocamos ni sabemos si nos escucha; también sobre la existencia

misma que muchas veces abruma, que agrada cuando hay felicidad y cuando no ¿para qué? y, sobre todo, ¿cómo seguir?

Las calles, la lluvia, esas nubes de agua y el aire se presentan ante mí, me hacen sentir tan pequeño. Mis pasos me llevan, no se cansan. No sé si avanzan o disminuyen esta distancia. Aquellos dioses, este Dios, el alma, lo que está aquí o más allá, todo se agolpa en mi cabeza, la trascendencia a otro plano y la forma de ser y estar en ese lugar, porque los sentidos pertenecen a esta vida, no sabemos de lo demás, de la utilidad de este suspiro. Las huellas que van quedando algún día serán borradas ¿tendrá sentido todo esto, para qué o por qué estamos aquí, qué podemos aprender, qué debemos hacer?

Muchos sabios se han preguntado esto a lo largo del tiempo, pero sus respuestas son suyas, las han visto desde ojos humanos ¿habrá algo más?, es como querer atravesar las grandes puertas que nos esperan a todos y luego querer regresar, tantos siglos y nadie lo ha logrado.

Estos pies me condujeron a ese lugar del mundo que ahora se llama Lago de los Reyes Aztecas, pero este punto puede ser todos los puntos. La Tierra es redonda, somos uno, estamos hechos del mismo material, por esta razón, en este momento, es igual estar aquí o a cien kilómetros al norte o al sur.

Aquí venía desde hace algunos meses, sólo para contemplar uno de los espacios que quedan de ese gran lago. Era paz, ver las pequeñas olas provocadas por el aire, siempre el Sol ocultándose desde mi posición, las nubes que parecían salir del agua, muchas veces pensé que era un espejo. ¿Y si todo es un espejo, si somos el reflejo, la sombra o el mal sueño de alguien, cómo saber si de verdad existimos, si ésta es la realidad o cohabitamos en muchas, pero no logramos verlas?

Sentado en el pasto, viendo la puesta de Sol, oliendo el agua añosa, hablando conmigo, siempre de esta manera. Espantando o llamando a esos seres con mi calma taciturna, con el respirar pausado y con la mirada profunda, así fue que pasó. No tengo una respuesta de por qué a mí y de esa manera, tampoco sé si esto aporte algo a los que se preguntan lo mismo que yo.

Ahí estaba aquella tarde, tan absorto que no me di cuenta en qué momento se sentó aquel tipo. Al mirar de manera prejuiciosa, pensé que se levantaría y me pediría dinero, en el mejor de los casos, en el peor sacaría un cuchillo y se llevaría todo, hasta mi vida, porque nunca portaba más.

Era difícil calcular su edad, usaba unos tenis que algún día fueron blancos, seguramente más grandes que su talla, su

pantalón era color caqui, se le veían unas manchas, tal vez de orina, la camisa no tenía todos los botones y era de un azul muy pálido, usaba una gorra que tenía costras de mugre, el cabello largo y grasoso; su piel morena o así se veía, tal vez por el polvo del camino, tenía apenas un poco de barba y bigote, los ojos eran negros y cuando caminaba lo hacía con un palo de escoba, moviéndose a paso lento. No me pareció de cuidado, así que continué divagando ¿a dónde va el mundo? ¿Siempre hemos existido? ¿Morir es el fin o un nuevo comienzo?

—Qué bueno que te haces esas preguntas. —escuché una voz muy agradable.

—Últimamente no dejo de pensar en esto —contesté sin pensarlo.

—El simple hecho de dudar puede darte conocimiento. El ser humano está aquí para aprender.

—¿Qué?

—Sobre el camino, la vida y la muerte.

Hasta ese momento me di cuenta que no había nadie cerca, pero no estaba hablando solo, alguien me contestaba. Entonces volví la cabeza y vi al sujeto que me había parecido un indigente.

—No tienes por qué preocuparte, ahora estás seguro —me dijo.

—Pero cómo ¿puedes leer mi mente, estamos hablando sin usar las cuerdas vocales, cómo es posible, quién eres, cómo haces esto?

—Tranquilo, no preguntes cosas necias, no pierdas el tiempo.

Por increíble que pueda parecer, estábamos hablando; bastaba con que pensara algo y él ya lo sabía, quedé asombrado, pero no tuve miedo.

—¿Por qué estamos aquí?

—Somos parte del todo.

—¿Tenemos una misión que cumplir?

—No exactamente, se trata de vivir, el simple hecho de la existencia es un camino.

—¿Para qué?

—Aprender.

—Eso ya me lo has dicho, ¿qué debemos aprender?

—Sobre la vida y la muerte. Te lo voy a explicar con una historia, espero que así sea más claro.

Hubo una vez un agricultor, él existió en otro lugar y con otra forma, pero en este momento era él. Flaco, viejo y siempre con la misma ropa. Estaba cansado porque a pesar de tener una gran milpa, nunca se le había dado nada. Trató de sembrar maíz,

frijol y alfalfa, pero no, cambió por calabaza, jitomate y chile, tampoco. Algunos dudaban en llamarlo “agricultor” porque no había cosechado.

Mejóro su tierra con abono, varios bultos de estiércol de borrego, buscó otra semilla y no hubo variación. Un día se sentó en la tierra y se preguntó “¿por qué a mí?” maldijo a todos, lloró amargamente y pensó en quitarse la vida o dejar de ser agricultor, que sería lo mismo.

Entonces, vio que un pequeño brote salía en medio de su terreno. Se alegró como nunca, no lo podía creer ¿sería posible? se acercó y, con mucho cuidado, movió la tierra; era cierto, ahí estaba, le hizo una sepa mientras sonreía, al fin algo que lo atara a la tierra, que le diera ese sentido de pertenencia.

El pequeño brote abrió la tierra y salió. Él se esmeró, puso tierra, agua y todo lo necesario. Al día siguiente de su descubrimiento, el tallo tenía más fuerza, el color verde se hizo más intenso; a los pocos días, tenía unas pequeñas hojas que se iban desplegando ante la felicidad del agricultor. Lo curioso fue que él no plantó esa semilla y ésta era la única que estaba en el vasto terreno. Creció en su totalidad y de ella surgió una única flor, la más hermosa, grande y perfumada. El color era tan intenso que seguramente era nuevo. El agricultor se desvivía por ese pedacito de vida para que siempre estuviera en el mundo y

que todos la pudieran apreciar, a cambio, el retoño se regocijaba con el amor y subía alegremente, en ese instante, destello, o como quieras llamarle, ambos fueron uno solo.

Por las mañanas, el agricultor se quedaba mirando su planta, veía cada gota de rocío, las hojas, el tallo, la flor cerrada que de apoco se abría para mirar de frente al Sol. Eso era el espectáculo más grande que se pudiera apreciar en el universo, así lo pensaba.

Muchas veces lo angustiaba saber que esto acabaría, estaba consciente de que todo cambia, no quería aceptarlo, era su planta, su vida. Como sabes, todo lo que comienza termina. La flor empezó a marchitarse, quiso cortarla y conservarla, pero al final la dejó en donde estaba, siguiendo el curso natural. Siguió con los cuidados hasta que por fin la flor murió. Esperanzado, cada mañana salía a ver si encontraba otro botón, hasta que después de varios días apareció uno pequeñito, pero al poco tiempo desapareció.

Hizo todo por la planta, pero al poco tiempo ésta también se secó. Otra vez su campo quedó como al principio.

—¿Eso fue todo? ¿Entonces qué sentido tiene si al final vamos a quedar como cuando llegamos?

—La historia es más profunda, es la vida.

—Lo entiendo, pero, aunque la flor sea la más hermosa, en algún momento va a desaparecer.

—No lo comprendes, vivir no es la temporalidad, ni el espacio, eso es accidental. Lo esencial es la verdad, la belleza y la bondad. Al final el agricultor también se fue, eso es parte de la existencia, de ésta realidad, si así lo quieres llamar. Un día o mil años son iguales, sólo si logramos apreciar lo que realmente es importante: la belleza.

Este personaje podrá lamentarse de sólo haber tenido una flor, pero el simple hecho de la existencia de esos pétalos, del olor y su movimiento basta para comprender la vida. Él lo vio y en su momento tuvo la oportunidad de apreciarlo y comprenderlo. También podría voltear al cielo y lamentarse por el poco tiempo, pero lo cierto es que logró ver la totalidad, lo importante, y si acaso no lo hizo fue porque sólo vio la temporalidad y el espacio.

—¿Quieres decir que sólo fue un instante de luz, de felicidad?

—Sí, de eso se trata. De luz y como sabes viaja muy rápido, regresa después de mucho tiempo, porque todo está vivo.

—No lo comprendo.

—Imagina dos trenes que viajan en sentido opuesto, puede pasar mucho tiempo hasta que en algún momento se cruzan y

parece que son uno sólo. Luego se separarán otra vez, pero en algún punto se volverán a encontrar. La luz, el agricultor y su flor se volverán a encontrar, aunque sean otros, aunque sólo sean luz.

Estaba a punto de hacer una pregunta, pero mi interlocutor se levantó con dificultad, se apoyó en su bastón improvisado y comenzó a desandar su camino. Lo vi alejarse poco a poco, no me dijo más. Quedé ahí, ante la inmensidad del paisaje y de las palabras que acababa de escuchar. En mi mente tenía más preguntas, pero callé la voz y entonces lo tuve claro. El viajero me dijo adiós, sin embargo, comprendí que lo volvería a ver, de la misma manera que el agricultor se encontrará con su flor. Debemos desaprender, ver lo importante y vivir, porque esto es un camino, un viaje, es la totalidad.

Me levanté, me sacudí el polvo y caminé, pero supe que ya era otro, estos huesos ya sostienen a otro.

San Marcos, Hidalgo.

21-agosto-2018